

# Chapter 5 / Capítulo 5

*Teachers under evaluation: the imaginaries of power and fear in Colombian education (Spanish version)*  
ISBN: 978-9915-9680-4-9  
DOI: 10.62486/978-9915-9680-4-9.ch05

©2025 The authors. This is an open access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution (CC BY) 4.0 License.

# Education, power, and dignity / Educación, poder y dignidad

“El poder no se posee: se ejerce. Pero también se resiste.”

— Michel Foucault

“La dignidad no se concede: se sostiene.”

— Voz de un maestro en asamblea

## La educación como territorio del poder

La educación es un espejo donde se refleja la estructura del poder. En cada aula, en cada política pública, en cada plan de mejoramiento, se revela la lucha entre lo que el Estado quiere que la escuela sea y lo que los maestros intentan que siga siendo.

Foucault (1975/2008) enseñó que el poder no actúa solo desde las instituciones, sino en los cuerpos, los gestos, los hábitos. En el magisterio colombiano, ese poder se expresa en la normalización: evaluaciones, rúbricas, guías, capacitaciones y discursos que parecen neutros, pero que buscan gobernar la subjetividad docente. El maestro, entonces, no solo enseña: también es enseñado a ser de cierta manera.

Pero el poder, decía Foucault, siempre convive con su reverso: la resistencia. Cada maestro que decide abrir un espacio de diálogo en lugar de aplicar una rúbrica, cada vez que un colectivo docente produce su propio material en lugar de seguir la guía oficial, está ejerciendo una forma de contragobierno pedagógico. En ese gesto pequeño se cifra una verdad profunda: el poder se sostiene en la obediencia, y la dignidad se sostiene en la conciencia.

Bourdieu (1994) lo llamaría *campo de fuerzas*: un espacio donde se disputan los capitales simbólicos y se define quién tiene voz, quién define el saber, quién clasifica lo que vale. El campo educativo colombiano —atravesado por tensiones políticas, económicas y culturales— es escenario de una lucha por el sentido mismo de la enseñanza. En medio de esa tensión, el maestro se convierte en sujeto político, incluso cuando no se lo propone.

## La escuela y la dignidad del oficio

En tiempos donde todo se mide, defender la dignidad docente es casi un acto de insurgencia. Dignidad no es orgullo vacío; es la certeza de que la labor educativa tiene un valor intrínseco, anterior a cualquier indicador.

Arias Ruiz et al. (2012) sostienen que la reflexión sobre la dignidad y el papel del maestro debe abordarse desde diversos frentes teóricos. Entre ellos destacan las ideas filosóficas que han acompañado la evolución de conceptos como escuela y educación, articuladas con los modelos de la Escuela Activa y de los Pedagogos Emergentes de los siglos XX y XXI. En este marco, nociones como humanización, dignificación, pensamiento crítico, saberes propios y reconocimiento se vuelven centrales para comprender el sentido formativo y ético de la labor docente.

Freire (1997) decía que enseñar es un acto de amor, pero también de valentía. Amor porque confía en la capacidad del otro; valentía porque lo hace incluso cuando el sistema desconfía. La dignidad, entonces, no es una herencia: es una práctica cotidiana. Se sostiene cuando el maestro se niega a ser solo ejecutor de políticas y se asume como intelectual público: un sujeto

que interpreta el mundo para transformarlo.

Covarrubias y Brito (2007) recordaban que el compromiso social del maestro latinoamericano no se limita a enseñar contenidos, sino a mantener viva la conciencia crítica de la sociedad. La dignidad del docente está en esa frontera entre el aula y la calle: en su capacidad de leer el contexto, de cuestionar la norma y de seguir creyendo que la educación es una forma de emancipación, no de domesticación.

### **El poder de nombrar: políticas, discursos y control**

Las palabras con que se nombra la educación no son inocentes. “Calidad”, “eficiencia”, “rendición de cuentas”, “competencias”... cada término encierra una visión del mundo. Popkewitz (1994) advirtió que las reformas educativas modernas no solo buscan mejorar la enseñanza, sino producir sujetos que encarnen los valores del sistema económico. Así, el discurso técnico se convierte en política moral: el maestro “eficiente”, el alumno “competente”, la escuela “productiva”.

Tenorio (2014) señala que la política educativa colombiana adoptó este lenguaje global sin adaptarlo al contexto local, generando una brecha entre la retórica del progreso y la realidad del aula. En ese contexto, las palabras del maestro —sus relatos, sus metáforas, sus denuncias— se vuelven un acto de resistencia. Nombrar de otro modo es romper el hechizo del discurso oficial.

Castoriadis (1987) proponía que las sociedades solo cambian cuando crean nuevas significaciones imaginarias. En la escuela, eso significa recuperar el derecho a decir qué es enseñar, qué es aprender, qué es éxito, qué es fracaso. Nombrar desde la experiencia docente es restituir la soberanía simbólica del oficio.

Tamayo (2010) observó que en Colombia la evaluación docente no solo mide el desempeño, sino que define la identidad profesional. Resistir no es rechazar la evaluación, sino disputar su sentido: pasar del examen que vigila al diálogo que acompaña. Cuando el maestro evalúa para crecer, no para temer, el poder cambia de manos.

### **Entre el control y la libertad: el cuerpo docente como frontera**

El cuerpo del maestro —su voz, su gesto, su presencia— es el primer territorio donde se juega la política educativa. En él se inscriben los mandatos de la eficiencia, las tensiones del tiempo, el cansancio, la emoción. Foucault (1975/2008) hablaba del *cuerpo dócil*: aquel que el sistema entrena para obedecer. Pero en la escuela, el cuerpo docente también puede ser cuerpo rebelde: el que transforma la rutina en rito, la vigilancia en presencia, la norma en cercanía.

Bauman (2003) lo entendía en otro plano: vivimos en una modernidad líquida, donde los vínculos son frágiles y los sujetos, reemplazables. En ese contexto, la docencia representa un anacronismo luminoso: un compromiso estable, una apuesta por el otro. Mientras el mercado pide flexibilidad, el maestro ofrece constancia. Y esa constancia —esa fidelidad a lo humano— es una forma de resistencia ética.

La escuela, en su cotidianidad, es frontera entre el control y la libertad. Allí conviven la planilla y el poema, la norma y el afecto. Cada decisión pedagógica es un pequeño acto de

autonomía frente a un sistema que intenta homogeneizar. Por eso, la dignidad no se defiende en los discursos, sino en la práctica: en cada clase donde se elige escuchar antes que imponer, en cada proyecto donde se prefiere pensar antes que cumplir.

### **Dignidad, memoria y futuro**

El magisterio colombiano ha sido un actor histórico de memoria. Desde las huelgas del siglo XX hasta las luchas contemporáneas contra la precarización, los maestros han hecho de su biografía una pedagogía de resistencia. Bautista (2009) lo describe con precisión: “*el docente colombiano ha aprendido a resistir con tiza y palabra*”. Esa resistencia no es solo gremial; es cultural.

Mejía (2011) subraya que la resistencia pedagógica latinoamericana es también una estética de la esperanza: una manera de imaginar y narrar el mundo desde el aula. En esa narrativa, la dignidad no se reduce a una reivindicación, sino que se vuelve proyecto civilizatorio: una apuesta por la humanidad en tiempos de deshumanización.

Freire (1997) insistía en que la esperanza es un deber histórico. No se trata de esperar el cambio, sino de producirlo. Cada generación de maestros hereda una deuda con la anterior: mantener viva la posibilidad de creer en la educación. Esa herencia no se guarda en archivos, sino en gestos: la manera en que saludamos, en que escuchamos, en que enseñamos.

La dignidad docente, entonces, no es nostalgia ni consigna. Es memoria viva. Y como toda memoria viva, se proyecta hacia el futuro. Allí donde un maestro dice “*mañana seguimos*”, la historia de la educación vuelve a respirar.

### **La escuela que dignifica**

Quizá el mayor acto de poder sea seguir creyendo en la dignidad cuando el entorno la niega. Cada aula que se abre es un manifiesto silencioso contra el desencanto. Cada maestro que enseña con sentido está escribiendo una forma de país que todavía no existe.

Castoriadis (1987) nos recordaría que toda creación social nace de una imaginación radical. Y esa imaginación es precisamente lo que la educación protege: la posibilidad de inventar mundos.

Por eso, el poder que más teme el sistema no es el político ni el sindical, sino el poder pedagógico: la capacidad del maestro para despertar conciencia, para sembrar preguntas, para enseñar a pensar. En ese poder se funda la dignidad.

Porque al final, enseñar no es transmitir conocimientos: es recordar al otro que puede ser libre. Y ese recordatorio –día tras día, generación tras generación– es la forma más profunda y silenciosa de resistencia.